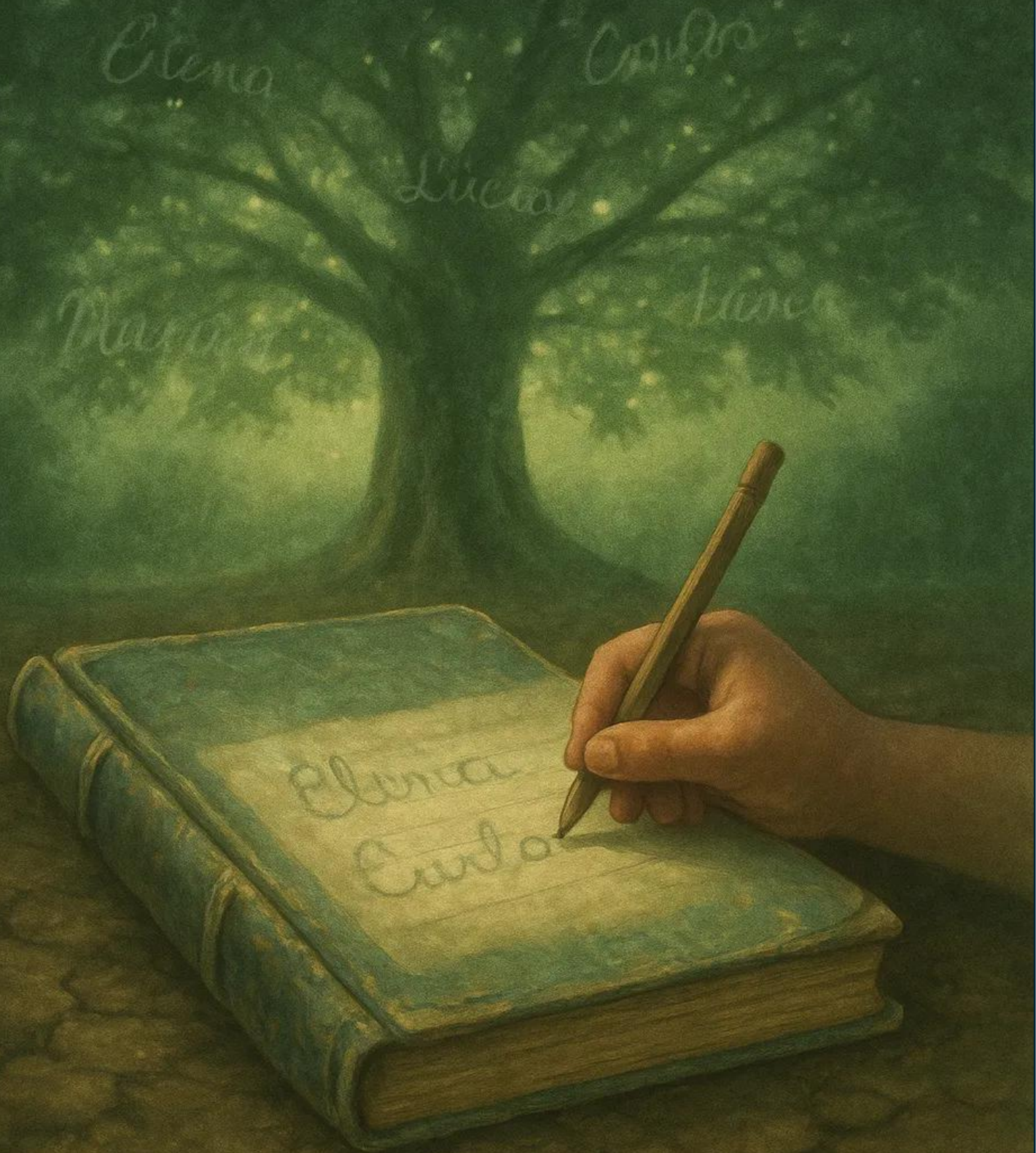


# El cuaderno de los invisibles



Xavier Dueñas

### ***Nota del autor***

*No sé con exactitud cuándo comenzó este relato. Tal vez en una noticia leída al azar, o en la imagen fugaz de una fila de cuerpos esperando bajo el sol, con el alma acurrucada en el pecho y el silencio apretado entre los dientes. Lo cierto es que la historia llegó como llegan las preguntas que nadie sabe responder: despacio, con voz baja pero persistente, pidiendo ser escuchada.*

*Escribí “El cuaderno de los invisibles” como quien escribe una carta sin dirección conocida, pero con la esperanza de que, al ser leída, algo se encienda en quien la recibe. No busca explicar. Acompaña. Porque hay dolores que no se alivian, pero sí pueden compartirse.*

*A todos los que enseñan y aprenden a nombrarse en medio del polvo: este cuaderno también les pertenece.*

**Xavier Dueñas** <https://xavierduenas.es>

## ***Prólogo***

*Hay fronteras que no se cruzan con los pies. Fronteras que no figuran en los mapas ni se levantan con muros, sino que habitan dentro de quienes han sido despojados del derecho a decir "yo soy" sin ser corregidos ni devueltos.*

*En los márgenes del mundo, donde los papeles pesan más que los nombres y el tiempo se mide en filas, hay quienes escriben sin saber si algún día serán leídos.*

*Este relato no trata de éxodos ni de geopolítica. Habla de palabras. De aquellas primeras que se aprenden cuando todo parece perdido. De las que se escriben como quien planta un árbol en un lugar donde nadie cree que pueda florecer nada.*

*Y, sobre todo, de las que cruzan, aunque los cuerpos no lo logren.*



## El cuaderno de los invisibles

El patio estaba hecho de polvo y grietas, la tierra parecía también estar esperando algo. No había aulas, ni pizarras, ni pupitres. Solo unas pocas sillas de plástico desiguales, algunas con una pata más corta que las otras, y una mesa coja que hacía las veces de escritorio.

Bajo el techo irregular de lámina, la sombra se estiraba con torpeza, incapaz de cubrir del todo los cuerpos, y sin embargo era agradecida. Alrededor, los murmullos crecían y menguaban con la cadencia de olas cansadas: voces de niños que reían sin saber por qué, voces de adultos que aún se atrevían a pronunciar palabras nuevas con la timidez de quien se calza un zapato prestado.

Eduardo llegaba siempre antes que los demás. Caminaba despacio, con el cuaderno azul apretado contra el pecho, sosteniéndolo con el cuidado de quien resguarda algo más que papeles escritos. Era un cuaderno viejo, de tapas gastadas y esquinas dobladas, pero para él era algo cercano a una barca. Una barca de papel donde cada palabra escrita podía convertirse en remo, en vela, en salvación.

Se inclinó para recoger un puñado de lápices que había dejado en una caja de cartón y comenzó a repartirlos. Los ofrecía uno por uno, en silencio, concentrado en ese gesto simple —el de extender un lápiz y esperar que alguien lo tomara— que encerraba algo sagrado. A veces lo creía así: que los lápices eran llaves capaces de abrir puertas invisibles. No las que conducen a un país o a una frontera, sino aquellas más profundas: las que separan a un hombre del miedo, a una mujer de su silencio, a un niño de la niebla que se posa en la memoria cuando nadie te nombra.

Miraba cada rostro con cuidado. Los conocía a todos, aunque algunos no le hubieran dicho aún una palabra. Sabía quién dormía junto al muro, quién tenía pesadillas por la noche, quién lloraba sin hacer ruido. No lo sabía por intuición, sino porque en los días sin nombre que se acumulan en Tapachula, el cuerpo aprende a leer de otra manera: con gestos, con miradas, con los movimientos torpes de quienes aún buscan la forma de volver a confiar.

Aquella mañana, mientras los lápices pasaban de mano en mano, alguien rió. Una risa breve, inesperada, una chispa espontánea que brota del hierro sin previo aviso. Eduardo levantó la vista y sonrió. A veces no comprendía del todo el sentido de su tarea, y en otras ocasiones

## El cuaderno de los invisibles

dudaba de su utilidad, pero en momentos así sentía que enseñar a leer era, quizás, lo único que le mantenía vivo.

Había algo en ese instante —cuando la voz se detiene justo antes de atreverse a pronunciar la primera letra— que a Eduardo le hacía contener la respiración. Era presenciar un nacimiento sin sangre ni gritos, un crujido imperceptible en el alma, un salto hacia adelante sin saber si habría suelo donde pisar. La mujer frente a él, sentada con la espalda recta y las manos quietas sobre las rodillas, tenía los ojos fijos en la hoja. Eduardo le había escrito su nombre con letra clara y espaciada, letra de niño paciente, tendido como un puente que invita al otro a cruzar con confianza.

Ella tomó el lápiz con firmeza, pero también con ese temblor invisible que dejan los años vividos cuando nadie te ha dicho que mereces aprender. Primero una letra. Luego otra. Se detuvo en la tercera, miró a Eduardo como pidiéndole permiso, y continuó. Cuando terminó, volvió a leerlo en voz alta, como quien pronuncia por primera vez el nombre de alguien a quien ha amado mucho y perdido demasiado pronto.

En ese momento, sin que nadie lo supiera, algo se abrió dentro de Eduardo. No era orgullo, ni alegría, ni siquiera esperanza. Era algo más antiguo y más hondo: una forma de reconocimiento, con la sensación de que lo que acababa de ocurrir le devolvía también una parte de sí mismo, un trozo de aquella infancia lejana donde su madre, de rodillas frente al lavabo, le mostraba las letras impresas en los envases de jabón. Aquí dice limpio, decía ella, y aquí dice fuerte. Luego recortaba palabras de los periódicos viejos que encontraba en la basura, y con esas sílabas sueltas, que pegaban con engrudo sobre la pared, le enseñaba a ver el mundo como un rompecabezas posible de armar, pieza a pieza, revelando sentido en lo fragmentado.

Recordarlo ahora, en ese patio áspero, mientras una mujer deletreaba su propio nombre bajo un cielo sin nubes, era volver a escuchar esa voz que nunca se fue del todo, esa forma suya de enseñar sin libros, sin tiempo, sin más certezas que la fe inquebrantable en que las palabras podían dar abrigo, sostén, sentido.

Eduardo cerró los ojos por un segundo. Guardó silencio e inclinó el cuerpo para subrayar con lápiz rojo el nombre recién escrito, encerrándolo con la reverencia de quien resguarda una joya en el centro de un círculo de fuego.

Cuando todos terminaron de copiar sus nombres y las hojas del cuaderno azul parecían respirar con la tibieza de lo recién nacido, Eduardo se puso de pie. Caminó despacio entre

## El cuaderno de los invisibles

los cuerpos sentados en semicírculo, deteniéndose junto a cada uno para reconocer en cada rostro una estación distinta del mismo viaje. No hablaba en voz alta ni levantaba la mano para imponerse, pero su presencia bastaba para que el murmullo se extinguiera, el silencio se hiciera lección.

Entonces se acercó a la verja que separaba el patio del camino de tierra, ese límite frágil donde algunos se asomaban con los ojos curiosos de quien intenta entrever el futuro por una rendija. Apoyó la mano en el alambre, tibio por el sol, y sin mirar a nadie en particular, sin exigir atención, pronunció las palabras con la naturalidad de quien suelta una semilla al viento, convencido de que algún día encontrará raíz en un corazón: *“Antes de cruzar una frontera, hay que cruzar una palabra.”*

Sus palabras no fueron consigna ni advertencia. Fueron certeza compartida, impulso callado, afirmación nacida de una experiencia lenta y honda. Lo dijo porque sabía que era cierto, porque lo había aprendido con la lentitud de quien ha tenido que reconstruirse guiado solo por la intuición, por la ausencia de idioma y certezas.

Cruzar una palabra era atreverse a nombrarse, a decir yo estoy aquí, aunque nadie te escuche o tiemble la voz. Era dejar de ser sombra y volverse cuerpo, pasar del silencio al sonido, del miedo a la forma, de la invisibilidad al gesto que escribe y reclama lugar.

Nadie respondió. Nadie aplaudió. Nadie repitió la frase como si se tratara de una oración aprendida. Solo se quedaron quietos, movidos por el eco de esas palabras, que parecía despertar algo olvidado en su interior. Y Eduardo, sin buscar aprobación, volvió sobre sus pasos y cerró el cuaderno con cuidado, guardándolo como un faro encendido que habrá de alumbrar la próxima noche.

## LOS QUE NO FIGURAN EN LOS MAPAS

La fila comenzaba antes del amanecer y se alargaba con el paso de las horas, como una cuerda tensa que nadie se atrevía a soltar. No había sombra ni promesa de sombra. El sol caía como un castigo anticipado, derramando su fuego sobre espaldas ya dobladas, sobre rostros que sabían de espera más que de sueño. Algunos se cubrían con periódicos, otros con gorras prestadas o pedazos de tela atados con alambre, y los más jóvenes simplemente agachaban la cabeza, convencidos de que reducir su altura podía volverlos invisibles.

## El cuaderno de los invisibles

Eduardo había llegado con tiempo, como siempre. Caminaba al lado del muchacho sin decir palabra, acompañándolo con ese silencio suyo que no empuja ni arrastra, que solo está, refugio discreto ante el ruido del mundo. El chico tendría unos catorce años, tal vez quince, y llevaba en la mano derecha el cuaderno azul, abierto por la página donde había escrito su nombre la tarde anterior. Lo repasaba con el dedo índice una y otra vez, rozando cada letra, convencido de que cada una era una promesa que debía reafirmar, una piedra pequeña que asegurara el paso sobre un puente todavía sin terminar.

Sudaba, sí, pero no por el calor. El sudor que bajaba por sus sienes tenía la forma del miedo: un miedo sordo, antiguo, que se calla porque nadie escucha, permanece innombrado porque faltan palabras para decirlo. Lo observaba de reajo. Sabía que la escritura no basta cuando el mundo decide que alguien no existe. Sabía que los nombres, por más nítidos que aparezcan sobre el papel, pueden ser borrados de un soplo por manos que jamás los han pronunciado con respeto.

La fila avanzaba de golpe, como una bestia dormida que despierta y se sacude. Alguien tropezó, otro se quejó. El muchacho cerró el cuaderno con cuidado, lo abrazó contra el pecho y respiró hondo, llevando en su interior no solo un nombre, sino también la memoria de todos aquellos que jamás pudieron escribir el suyo.

Cuando por fin les llegó el turno, el aire dentro de la oficina era espeso y caliente, cargado con el peso de todas las palabras no dichas, acumuladas en el techo como una niebla invisible. El joven se acercó con el cuaderno ceñido en la mano, lo abrió por la página correcta y extendió la hoja con una timidez que rozaba la devoción. Mostraba su nombre como quien entrega una prueba de existencia, una bandera pequeña tejida con la única certeza que poseía.

El agente apenas lo miró. Tomó el papel como se toma un objeto inservible, lo sostuvo unos segundos entre los dedos, lo giró sin demasiado interés, y lo devolvió con un gesto seco, mecánico, ajeno a todo lo que allí estaba ocurriendo. Ni siquiera levantó la vista cuando habló. *"Tu firma no vale sin papeles"*, dijo, como si la frase ya no perteneciera a una lengua viva, como si la repitiera por costumbre, sin saber siquiera lo que significaba.

El chico no respondió. Apretó los labios y bajó la cabeza. Eduardo, que había permanecido de pie junto a él, con las manos en los bolsillos, sintió cómo el cuerpo se le tensaba por dentro, sintiendo en el estómago la presión de una cuerda invisible. Guardó silencio. Permaneció quieto. Apretó el cuaderno contra el pecho, intentando proteger las palabras que llevaba dentro para que no se esparcieran por el suelo ni fueran pisoteadas.

## El cuaderno de los invisibles

El muchacho se alejó en silencio, con el paso breve de quien se sabe observado, con el cuello encorvado intentando protegerse de un dolor invisible, pero igual de real. Lo siguió con la mirada, sin moverse, sin pronunciar siquiera su nombre. Comprendía que ningún consuelo es posible cuando se descubre que la identidad no depende de lo que uno recuerda de sí mismo, sino de la firma de un otro que nunca ha conocido tu voz.

Cuando volvió a sentarse bajo el árbol raquítico que ofrecía su sombra desigual a unos pocos bancos partidos, Abrió el cuaderno por una página en blanco y apoyó la punta del lápiz sobre la hoja, rozando una herida que seguía abierta. No tenía prisa. Sabía que antes de escribir hay que dejar que la frase madure dentro del pecho, que el pensamiento se asiente como se asienta el polvo después del paso de una multitud. Esperó. Escuchó los pasos lejanos del muchacho alejándose por el camino de tierra, imaginó su espalda tensa, su rabia contenida, su vergüenza absurda. Y entonces, con letra firme, sin adornos ni temblores, escribió: *“Nos enseñaron que sin papeles no somos. Pero nadie dice quién quemó los archivos.”*

Cerró los ojos después, para poder sostener esa idea sin que se le quebrara por dentro. Buscaba tan solo dejar constancia, sin necesidad de justicia, consuelo o venganza. Solo buscaba dejar constancia, marcar con trazo delgado pero profundo que algo había sucedido, que alguien había sido rechazado, y que esa herida —aunque los días la cubrieran de polvo y los pasos la dispersaran— no sería del todo borrada mientras quedara tinta y voluntad para nombrarla.

En un lugar donde las personas se cuentan por números, donde los nombres se tachan con plumón negro y los cuerpos se arrinconan detrás de verjas y sellos, escribir un nombre es alzar una antorcha en la oscuridad, afirmar que una llama persiste incluso cuando todo alrededor se ha vuelto ceniza.

Cerró el cuaderno con lentitud y lo sostuvo un instante sobre las rodillas. En su interior, aquel nombre ya no era solo una palabra entre líneas, sino una pequeña grieta en el muro del olvido. Y aunque sabía que las grietas no detienen el tiempo, sí permiten que la luz entre por donde nadie la espera.

## CARTAS PARA NADIE

La noche había caído sin pedir permiso, como sucede en los lugares donde el tiempo no tiene relojes que lo organicen ni campanas que lo anuncien. Afuera llovía con una constancia serena, casi humilde, con la delicadeza de un cielo que parecía entender el pudor de quienes



## El cuaderno de los invisibles

dormían bajo techos de lata, ofreciendo su llanto sin estridencias, solo como un murmullo que arrulla, que acompaña, que no exige respuesta y ofreciera su llanto sin estridencias. El agua golpeaba los bordes metálicos con una cadencia rítmica, irregular, parecida al tambor de un corazón cansado que sigue latiendo porque no ha aprendido a detenerse.

Dentro del refugio, el aire reposaba inmóvil. El farol que colgaba del techo oscilaba con lentitud, proyectando sombras que se disolvían en las paredes como fantasmas que han olvidado su nombre. Nadie alzaba la voz. Las conversaciones, si surgían, se tejían en susurros, como si revelaran secretos al cielo o temieran despertar memorias dormidas apenas cubiertas por mantas prestadas. Cuerpos tendidos sobre colchonetas acostumbradas a demasiados amaneceres se acurrucaban en busca de un calor que ya no dependía del fuego, sino de la voluntad de permanecer juntos, al menos por esa noche.

Eduardo se acomodó en su rincón habitual, junto a la columna descascarada desde donde podía ver casi todo sin ser visto. Desde allí, el mundo parecía más leve, sintiéndose contenido dentro de un marco pequeño y recto. A su alrededor, algunos escribían. Lo hacían con lentitud, con la torpeza hermosa de quien traduce por primera vez pensamientos en palabras, convencidos de que cada letra era un hilo capaz de unir orillas lejanas. Esas cartas no tendrían destino. Nadie las recogería, nadie las leería bajo una luz cálida ni sobre una alfombra mullida. Y sin embargo, las escribían con una solemnidad que partía el alma, y al hacerlo, recuperaban por un instante todo lo que les había sido arrebatado por un instante.

Las palabras se trazaban con letra grande, irregular, a veces temblorosa, como si necesitaran abrirse paso entre capas de miedo, de cansancio, de cosas silenciadas durante años y que, de pronto, encontraban una rendija por donde escapar. No llevaban dirección ni remitente, tampoco fecha ni firma, pero estaban cargadas con la urgencia de quienes saben que no volverán a ver lo que dejaron atrás, y aun así necesitan nombrarlo. Algunos escribían a sus madres, pidiéndoles perdón por haberse ido sin despedirse. Otros hablaban con hijos que aprendieron a caminar en su ausencia, con hermanos enterrados sin velorio, con casas que quizás ya no están en pie. Había cartas dirigidas al futuro y otras al pasado, pero todas surgían del mismo lugar: el deseo de no desaparecer del todo.

Eduardo leía en voz baja una que alguien había dejado olvidada sobre el banco de madera, escrita con lápiz en una hoja arrugada por la humedad. Decía: *“Si no llego, diles que lo intenté.”* Eso era todo. Sin nombre, sin historia, sin explicación. Solo esa frase, como un testamento sin testigos, una súplica escrita al margen del mundo. La leyó dos veces. Luego la dobló con

## El cuaderno de los invisibles

cuidado y la guardó entre sus cosas, como quien resguarda una chispa que no puede dejar apagarse.

Decidió no escribir la suya porque comprendía que hay palabras que, al salir, no regresan. A veces imaginaba a su hijo con un cuaderno parecido, copiando letras en una escuela de tierra, mirando por la ventana sin saber que, en algún rincón del mundo, un hombre pensaba en él cada vez que enseñaba una vocal. Guardó silencio, movido no por miedo ni por resignación, sino por la certeza de que hay cosas que no encuentran palabras, dolores que solo se entienden al ser llevados en silencio.

A veces pensaba en él al final del día, cuando la lluvia suavizaba los bordes de la noche y el refugio quedaba envuelto en ese extraño sosiego que solo conocen quienes han aprendido a dormir rodeados de desconocidos, con los zapatos puestos y la mochila como almohada. No sabía con certeza si aún existía, si aquel niño de ojos oscuros y andar indeciso era un recuerdo lejano o una imagen que su alma rescataba para no quebrarse del todo. Lo imaginaba sentado en una silla de madera, con las piernas colgando, mordiendo el lápiz mientras copiaba palabras desde una pizarra borrosa, palabras que aún no comprendía pero que repetía con fidelidad, como quien ofrece una ofrenda sin entender del todo a quién se dirige.

En esos momentos sentía una punzada leve, sintiendo desprenderse de su costado una ternura triste que no dolía por lo que pedía, sino por lo que callaba y lo llamara desde lejos. Era una presencia que no reclamaba, pero que seguía allí, como una voz antigua encajada bajo la piel, como una imagen temblorosa al borde de una fotografía que nunca terminó de revelarse.

Sabía que existen palabras que no caben en los sonidos ni en los labios. Palabras que se gestan en el silencio, que arden por dentro como brasas persistentes, sin iluminar ni extinguirse, y que habitan allí, al margen del lenguaje, donde permanece todo lo que no tuvo lugar. Por eso, cuando abrió el cuaderno y miró la página en blanco, no escribió nada. La contempló como se contempla un mar en calma al que no se lanza piedra alguna, sabiendo que cualquier gesto podría romper la superficie y desatar algo imposible de contener. Lo cerró con lentitud y lo sostuvo entre las manos un instante, como quien guarda no una historia, sino todo lo que quedó sin pronunciar.

## LOS QUE SE QUEDAN

## El cuaderno de los invisibles

El amanecer irrumpió áspero, sin belleza, ni esa luz suave que a veces se posa sobre los cuerpos dormidos como una caricia que anuncia tregua. Esa mañana, la claridad irrumpió con violencia, desgarrando el silencio con gritos que no nacían del miedo, sino de la orden de imponer temblor. No hubo anuncio. Solo botas golpeando la tierra húmeda, órdenes secas lanzadas por voces incapaces de sentir, y el estruendo de puertas que se abrían de golpe, ocultando tras cada hoja de madera la amenaza latente.

Eduardo apenas logró incorporarse cuando ya los cuerpos eran separados, los brazos empujados, las mochilas vaciadas, los nombres lanzados al aire gritando con la creencia de que el volumen puede arrancar a alguien del suelo. Vio cómo se llevaban a Isaías —el más joven, el que aún no sabía leer del todo, pero repetía cada sílaba como si en ella se le fuera la vida—. Forcejeaba sin saber qué hacer con las manos, sin comprender por qué lo arrastraban como a un culpable, cuando la noche anterior su único delito había sido aprender la diferencia entre la “m” y la “n”.

Al intentar alcanzarlo, el cuaderno azul se le cayó a Eduardo. Rodó entre pasos apresurados y se detuvo en un charco de barro, donde una bota lo pisó sin mirar. La mancha se expandió con lentitud implacable, como un fango que aguardaba su instante para inscribirse en la historia. Eduardo se agachó y lo recogió con ambas manos, sintiendo la humedad filtrarse a través del cartón. Se quedó quieto, en medio del alboroto, como si el mundo se hubiera suspendido solo para ese gesto: una ternura inesperada en medio del desastre.

Sostuvo el cuaderno esperando que el contacto impidiera su desintegración, deseando que al apretarlo contra el pecho recobrara su forma primera, intacta, antes del barro, de la bota, de la mancha que la violencia deja en lo escrito. Lo abrió despacio, temiendo encontrar las páginas rotas, las letras corridas, el vestigio de lo que un día quiso ser enseñanza y ahora parecía reliquia, frágil, incomprendida.

La última palabra escrita era esperanza. Aparecía en la esquina de una hoja ya arrugada, a medio camino entre la tinta y el lodo, como si hasta ella —la más terca, la más luminosa, la más vital— hubiera empezado a desvanecerse. Las letras se confundían con la mancha oscura, algunas apenas legibles, otras resistiendo desde el silencio, desde el trazo tembloroso de un niño que creyó que escribirla era también sostenerla.

Eduardo sintió un nudo espeso subirle por la garganta, un temblor contenido que no se convertía en llanto, pero tampoco pasaba. Cerró el cuaderno por agotamiento. Pensó en rendirse. Tal vez ya no tenía sentido repetir letras, trazar nombres sobre papeles que el

## El cuaderno de los invisibles

mundo se empeñaba en ensuciar. Tal vez era más honesto callar, sentarse al borde del camino y ver pasar el mundo sin intervenir.

Pero incluso en medio de esa grieta, comprendió que no podía hacerlo. No porque una obligación moral lo empujara ni por la obstinación de una esperanza ingenua, sino porque algo en él se negaba a aceptar que ese cuaderno, ahora herido y manchado, fuera también vencido. Se quedó de pie, con la palabra esperanza deshaciéndose entre los dedos, y por primera vez en mucho tiempo, quedó suspendido, sin saber qué hacer con su fe.

Permaneció así, inmóvil, sintiendo cómo el barro seco comenzaba a endurecerse sobre la tapa como una costra, como una herida que no termina de sanar. El albergue se fue quedando en silencio, con un silencio que pesaba más que cualquier presencia. Los que permanecían hablaban poco, caminaban despacio, se miraban con esa expresión muda de quienes han visto partir a alguien y saben que ellos podrían ser los siguientes.

Eduardo no pensaba en irse. No porque creyera en la mejora de los días ni porque se aferrara a un futuro revelador, sino porque intuía que incluso la más leve obstinación podía ser un gesto de dignidad. Se sentó junto a la mesa coja del patio y pasó con delicadeza la página arrugada, dejando atrás esa palabra herida que aún respiraba bajo la mancha. Tomó el lápiz y escribió el nombre de Isaías con trazo firme, sin titubeos, como si con cada letra plantara un árbol en medio del desierto.

Era un acto mínimo, casi invisible, casi absurdo en su fragilidad. Pero también era un acto rebelde. Porque escribir el nombre de alguien arrancado es afirmar que sigue existiendo, que no ha sido borrado del todo, que alguien lo recuerda y lo sostiene, que hay quien se niega a permitir que su rastro se pierda. En un mundo donde la violencia arrasa sin pedir permiso y la memoria se borra con la misma facilidad que el barro se disuelve bajo la lluvia, escribir un nombre es alzar un muro de papel contra el olvido.

Cerró el cuaderno con cuidado y lo sostuvo sobre las rodillas, para comprobar en su peso que seguía allí, real, tangible, que era más que un símbolo, más que un sueño. Respiró hondo y mientras el sol asomaba detrás de las nubes, comprendió que enseñar a leer quizás no sirva para cruzar fronteras, pero sí para anclar la vida en medio del desarraigo. Y que quedarse, aunque nadie lo vea, aunque parezca inútil, también es una forma de decir que algo permanece, incluso en el borde del olvido.

## LA PALABRA QUE SI CRUZA

## El cuaderno de los invisibles

El árbol se alzaba en medio del claro como un refugio sin paredes, con las ramas extendidas en gesto de cobijo, sin exigencias ni promesas. Era una ceiba alta, antigua, de raíces gruesas que emergían de la tierra como venas vivas, recordando que incluso bajo el polvo late la memoria de lo que resiste. A su alrededor, unos bancos mal ensamblados formaban un semicírculo, y sobre ellos se acomodaban los cuerpos de quienes aún quedaban: los que permanecían, los que seguían allí, esperando sin saber qué.

Eduardo había llegado temprano, como siempre. Bajo el brazo traía un cuaderno nuevo, de tapas lisas, sin marcas, sin historia. Lo apoyó con cuidado sobre la mesa improvisada —dos tablones sobre ladrillos— y lo abrió con la delicadeza de quien estrena algo sagrado. Las hojas en blanco relucían bajo la luz que se filtraba entre las ramas, como un campo fértil aún por sembrar. El cuaderno era liviano, pero en sus manos concentraba el peso del mundo.

Desde lo alto, los pájaros cantaban sin tregua, repitiendo melodías antiguas, ajenos a la historia de los hombres y al dolor que se arrastra por debajo. En ese rincón del día, cuando el calor aún no apretaba y la luz prometía más de lo que amenazaba, la clase comenzaba de nuevo. Sin campana. Sin lista. Solo con un cuaderno limpio y unas cuantas palabras por aprender.

La niña, de pies descalzos sobre la tierra húmeda y dos trenzas torcidas, se inclinaba sobre la hoja con una concentración que disolvía el mundo a su alrededor. En ese instante sólo existían ella, el lápiz y la línea azul donde debía nacer su nombre. Eduardo la observaba en silencio, sin intervenir, dejando que sus dedos pequeños encontraran el trazo exacto, que su memoria recién despierta colocara cada letra como quien levanta una casa o tiende un puente hacia lo que apenas comienza a ser.

Escribía despacio, deteniéndose entre letra y letra, sintiendo en cada una más que un sonido: un nudo que se afloja, una carga que se libera, una semilla que germina. Al terminar, levantó el papel sobre su cabeza y se rió con esa risa limpia de quienes creen que el mundo guarda un sentido secreto, una belleza que se revela al nombrarla por vez primera.

Eduardo sintió aflojarse algo dentro de él, no en forma de alivio, sino como un suspiro antiguo que encontraba al fin su cauce. La niña alzó el papel como un pasaporte invisible, una llave que la autorizaba a entrar al mundo con nombre propio, con identidad dicha en voz alta, con letras imposibles de tachar o de olvidar. Y aunque ese papel no la resguardaría del todo, aunque ningún cuaderno basta para escudar contra la crueldad del tiempo, supo

## El cuaderno de los invisibles

que ese acto —mínimo, frágil, luminoso— había cruzado una frontera real, una que ya no podría deshacerse.

Seguía sonriendo mientras el papel se agitaba en sus manos como una bandera diminuta, y por un instante el mundo pareció quedar suspendido por el humilde poder de una palabra recién escrita. Eduardo alzó la vista hacia el norte, hacia esa línea imaginaria donde todos fijaban la esperanza, pero permaneció bajo la ceiba, con el cuaderno abierto sobre las rodillas, respirando el cambio del aire, sintiendo avanzar la mañana con la cadencia de un cuerpo que, aunque fatigado, aún camina.

Sabía que muchos quedarían en el camino, que algunos se disolverían como fotografías olvidadas o cartas sin destino, que otros serían devueltos, reducidos a cifras por un mundo que cuenta, pero no observa. Sabía que la promesa de cruzar se quebraría para la mayoría, como se quiebran los sueños al amanecer: sin estrépito, sin aviso, con ese dolor silente que sólo reconoce quien ha apostado todo por lo incierto. Pero también comprendía —con una certeza sin necesidad de pruebas— que la palabra escrita por la niña había cruzado. Había atravesado el muro invisible que separa lo inexistente de lo posible, y nadie podría borrarla del lugar que ahora habitaba.

Se quedó así, con los ojos abiertos y el cuerpo inmóvil, no esperando, sino entendiendo. Algunos aprenderán a nombrarse, y en ese gesto hallarán una forma de continuar, una manera de persistir sin desvanecerse. Miró al norte una vez más, con una mirada libre de nostalgia o rencor, con esa mezcla de compasión y claridad que conoce quien ha decidido quedarse por voluntad, no por rendición. Y eso también, pensó, es elegir.

En el cuaderno nuevo, entre las hojas aún vírgenes, el nombre de una niña brillaba como un faro pequeño, como una palabra que sí cruzó.



## *Epílogo*

*Algunos relatos terminan cuando se cierra la última página.*

*Este no.*

*Porque mientras exista un cuaderno abierto, una mano que tiemble al escribir su nombre, una voz que se atreva a pronunciar lo que durante años permaneció en silencio, la historia seguirá respirando.*

*Eduardo no es solo un personaje. Es un eco.*

*Y el cuaderno azul, con sus manchas, sus palabras torcidas y su esperanza escrita a medias, permanece.*

*Esperando la próxima letra.*

*Esperando al próximo que, sin saberlo, esté por cruzar.*

.

### **Derechos de autor**

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>